

En los grabados que acompañan a la primera edición del *Malleus maleficarum* (“Martillo de las brujas” de 1487) ella danza y se entrega al demonio. Su figura recuerda a las ménades poseídas por Dioniso. Ella baila en medio de la noche. La luz que alumbra su cuerpo recuerda también a Sibila. Para los inquisidores del Renacimiento encarna a “la novia del viento”, “la novia de Corinto”, que seduce a los hombres antes de su lecho de bodas. A ella se había referido también santo Tomás en la *Suma teológica* al llamarla “hija de Lilith” y, como toda mujer, estaba maldita desde su nacimiento. A diferencia de los hombres, subraya, “la mujer no tiene libre albedrío”, y no solo eso, sino que otro teólogo, Heinrich Kramer, en su *Malleus maleficarum* había convencido a sus contemporáneos de que la palabra “femenino” no provenía de *fevo*, como se creía, sino de *feminus* (menos fe). Es decir, que el nombre mismo que registraba su existencia en el mundo determinaba ya su tendencia a la *apostasía*.

Ella no tenía nombre, no era lo suficientemente digna para que sus historias llegaran a la cultura del libro impreso. Y, sin embargo, será una de las grandes protagonistas, no de la literatura de los siglos xv y xvi sino de toda la historia europea. Su historia encarna uno de los rostros del miedo. Ella, el rostro oscuro del Renacimiento; su voz, los rumores del viento que debían ser acallados. Aquella cultura humanista, de filósofos magos, de hombres que exploraron el universo, es la misma que se apropió de los conocimientos adquiridos por ella, y después la negó y condenó al calor de las piras.

Ella, pariente lejana de las magas de Persia, de la encantadora Circe, de la hermosa Sibila, no conservaba ya nada de su estirpe. No había conocido ni palacios ni templos, su lugar se había reducido a sitios aislados, en lianas, entre ruinas y escombros. Aunque perteneciera a un pueblo, este la había conminado a los arrabales. Ella era el

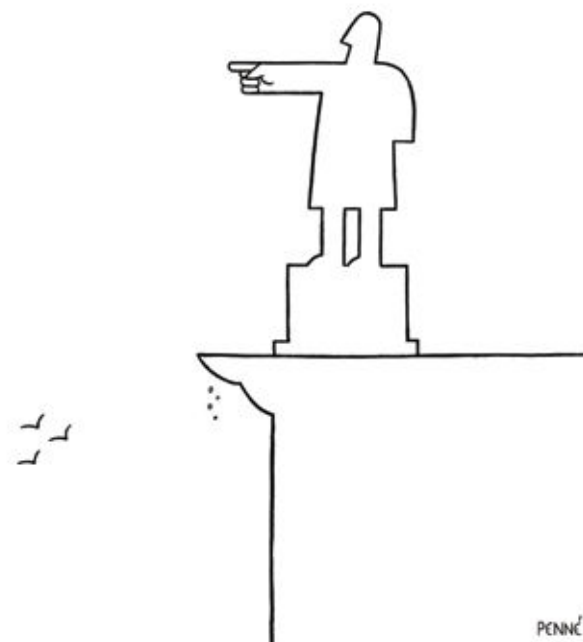
rostro del mundo medieval. Y por eso había que quemarla. Aquel mundo tan lleno de fantasmas y demonios; de mujeres que copulaban con caballos, como la monja Micaela de Aguirre; mujeres que bailaban poseídas por algo en medio de la pradera; mujeres que se entregaban a lo que yacía detrás de la figura del macho cabrío.

Sin embargo, en la sociedad feudal, ella había sido una de las mujeres más poderosas, lo sabía todo, la gente se confesaba con ella más que con el cura. Ella, *die hexe*, la única verdadera médica del pueblo; si alguien no podía concebir le iba a llorar; si alguien quería abortar, la buscaba; ella había visto toda clase de enfermedades íntimas, desde las más simples, hasta cosas que la medicina de hoy llamaría monstruosas: sarpullidos inimaginables, infecciones que se extendían

como costras en la vagina, bolas en las ingles. Ella lo curaba todo o, al menos, ayudaba a morir rápido. Sus bebedizos alucinógenos calmaban el dolor. Más adelante, uno de los médicos del Renacimiento, Paracelso, al escribir su tratado de las plantas mágicas (*Botánica oculta*), reconocería que todo lo que sabía lo había aprendido de ella, quien curaba no solo males físicos sino también espirituales: acudían aquellas que querían al marido de su vecina o quienes buscaban un maleficio para vengarse de sus enemigos. Ella conocía las partes íntimas de los habitantes de su pueblo, pero también conocía sus secretos espirituales más oscuros.

En su libro *La sorcière*, Jules Michelet mostró que la sociedad feudal no la podía condenar; aunque le temieran, aunque había a su alrededor

ESPERE EN LA LÍNEA



JORGE PENNÉ (Ciudad de México, 1986) es caricaturista. Colabora en *Animal Político* desde 2012 y en *The New Yorker* desde 2022.